

El miedo y el horror

Por ENRIQUE GUARNER

LA película «Psycho», dirigida por Alfred Hitchcock debe ser considerada como una de las más aterradoras y audaces en cuanto a la incitación del miedo en el espectador. Podrán haber habido cintas con mayor número de muertes, otras en las que ocurre más efusión de sangre o en las que aparecen criminales que culminen la violencia; pero nunca en la historia del cine se habrá sentido tanta tensión como cuando en 1960, «Psycho» fue estrenada.

De manera meticulosa, durante cuarenta y cinco minutos, Hitchcock hace que simpaticemos con Marion Crane, actuada por Janet Leigh, quien es una muchacha atractiva y enamorada de Sam. Ella no ha podido resistirse a robarle 40,000 dólares a su inescrupuloso y desagradable patrón. Una vez efectuado el hurto, Marion conduce su automóvil para encontrarse con su novio que vive en un pueblo alejado. Ansiosa y exhausta decide detenerse en la ruta en el hotel Bates. El propietario resulta ser un hombre encantador, actuado por Tony Perkins, quien le hace una invitación para cenar.

Una vez serenada, Marion decide ducharse y es en ese momento cuando es brutalmente asesinada por una mu-

jer que la apuñala sin clemencia. La sangre que brota a borbotones cae sobre el agua y en ese instante la cámara enfoca el ojo que va perdiendo la vida. Nuestra heroína muere y la película apenas se encuentra en la mitad. Podría decirse que nos horrorizamos con su deceso y más con lo que ha fabricado Hitchcock al ponernos en sus manos. A partir de ahora la cinta nos deja con el modesto Tony Perkins, quien detenta nuestras simpatías. Pero el horror estriba en que la famosa asesina, madre supuesta de nuestro personaje, no existía.

«Psycho» es una de las obras más extrañamente contruidas, porque provoca el terror y el pánico del público. Cabe entonces preguntarse: ¿qué es el miedo? y ¿Cuál es su origen?

La fisiología del pavor ante los objetos que nos asustan ha sido ampliamente estudiada y hasta cierto punto conocemos con exactitud los centros de su control cerebral, los cuales se encuentran no sólo en el hipotálamo, sino en la región límbica. Cuando una persona es amenazada el sistema nervioso autónomo entra en acción y se secretan grandes cantidades de adrenalina que aceleran el corazón, enviando la suficiente sangre al cerebro y a los músculos. La pupila se dilata con el objeto de aumentar la visión, asimismo se produce piloerección que da lugar a que la persona se muestre más abultada para lidiar contra el enemigo. En otras palabras, el organismo se movi-



liza para la lucha o la huida. Aunque todas estas reacciones tienen el efecto positivo de alertar al individuo ante la situación de emergencia; también puede aparecer el pánico que desorganice la conducta.

Por lo tanto, el miedo puede estimular o provocar la parálisis. Dado que ningún ser vivo está libre de riesgo, el aprendizaje de cómo enfrentarse al peligro resulta esencial. Lo importante es descubrir dónde se encuentran las amenazas externas para poder sortearlas. Se ha demostrado que la persona que permanece silenciosa ante una contingencia es aquella que desarrolla un mayor número de desórdenes psicossomáticos.

Los observadores han advertido que los niños recién nacidos reaccionan con excitación ante cualquier perturbación de su equilibrio que puede ser ocasionada por el hambre o la sed, los pañales mojados y cuando se restringen movimientos. Alrededor de los tres meses las reacciones de alarma son generalizadas y pueden ya identificar el miedo al cumplir los siete. En esta época el pequeño no sólo llora, sino que se aísla ante ciertos estímulos como los ruidos, el agua fría o excesivamente caliente, los movimientos inesperados de los animales que le rodean, o algo que se desliza cerca de él. En ocasiones las reacciones de terror se producen al dejarlos caer por un sujeto desconocido.

Sin embargo, esto dependerá de la forma como se les lance y de la tensión que muestre quien lo haga.

El miedo a los extraños y a las personas desconocidas ocurre alrededor de los ocho meses de edad, y no es como muchos padres piensan, un signo de inestabilidad emocional. Más bien, constituye una indicación del desarrollo, puesto que la criatura reconoce aquello que le es familiar.

El miedo a la oscuridad aparece por esas fechas y se debe a que la gente al anochecer no puede ser fácilmente reconocida y a que el pequeño se siente indefenso, al no saber cómo protegerse. El temor a los ruidos disminuye alrededor de los tres o cuatro años, cuando la criatura se da cuenta que el susto que sufría con anterioridad es infundado. Con el dominio del lenguaje, el miedo surge en relación con lo imaginario. Los padres lo agravan contando cuentos aterrizantes sobre monstruos fantásticos inexistentes. Estas historias pueden ser vividas como realidades puesto que los conceptos de tiempo y espacio son diferentes en el niño que en el adulto.

Durante los primeros años escolares los temores del pequeño se relacionan con el bien y el mal. Las amenazas y castigos lo hacen pensar que existe algo anormal en él, y como atraviesa por la etapa edípica y el amor hacia uno de sus progenitores es visto como un delito, surgen las amenazas internas de aquel que pertenece al sexo opuesto.

Antes de la edad de diez años el niño no teme a la muerte, pero el paso del tiempo hace que surja la aprehensión hacia la misma. Por este tiempo aparece la necesidad de gustar a los demás y por ello se manifiestan los celos o incompetencias de carácter social.

Al llegar a la adolescencia el miedo se produce en relación a hacer el ridículo o a ser relegado en un grupo. Brota el pánico frente a las gentes nuevas y a no obtener buenas marcas académicas. Los jóvenes suelen volverse tímidos y sospechan sobre su capacidad sexual.

En la edad adulta todos tenemos aprehensión hacia la muerte, el éxito o las dificultades para encarar nuevas responsabilidades. Las inseguridades en cuanto a nuestro trabajo, capacidad sexual y la salud toman delantera y siembran la desconfianza. Finalmente en la vejez lo que más tenemos es el ser dependientes y la alta posibilidad de una enfermedad.

El horror

Todos los miedos que he descrito son lo que podríamos denominar normales dentro del desarrollo humano, en tanto que lo que llamamos horror es despertado por una situación determinada y un estímulo identificable. Sin embargo, ciertas experiencias que producen el pánico pueden disfrazarse en los sueños como sucede en las pesadillas. La explicación que ellas tienen, es que son un intento de extraer un impulso que ha quedado reprimido de nuestro pensamiento. No obstante, esta idea no parece acertada, porque cabría preguntarnos la razón para desencadenar una emoción por la noche, cuando carecemos de defensas para detenerla. Un buen número de pesadillas pueden aclararse a través del masoquismo, el autocastigo y los sentimientos de culpa.

Lo que sí sabemos es que la experiencia del terror da lugar a la lucha con rabia o a la huida inaplazable. Frecuentemente, como ocurrió con el terremoto del 19 de septiembre de 1985, ignoramos la dimensión de lo que ha sucedido. La sorpresa, como sucedió entonces, potenció el pánico generalizado.

La palabra horrorizar expresa la acción para obtener en los demás el efecto del horror y debo señalar que existe un enorme número de variantes sobre aquello que nos asusta. Entre ellos cabe señalar los animales, ciertos objetos inanimados o aquellos que han sido inventados por la mente humana como son: las brujas, los vampiros, hombres lobo o Frankenstein y Drácula.

Cada edad de la historia posee sus propios horrores, entre los que citaré, la invasión de Atenas por los persas, o la de Roma por los cartagineses. También el saqueo de Europa por los mongoles, quienes dejaban a su paso montañas de cadáveres, situación que solamente fue superada por los nazis. Sin embargo, los horrores actuales tienen más que ver con el almacenamiento de bombas atómicas y sobre todo con la contaminación atmosférica que vive la ciudad de México, con 15,000 toneladas de basura diaria y 130,000 fábricas que producen unas 11,000 toneladas de polución del aire. Podría decirse que es ridículo que con semejantes cifras se piense que con quitar un día de circulación a los automóviles se ha logrado algo. Lo que se ha hecho es equivalente a que en un caso de cáncer se haya dado un tranquilizante.

Debido a la rápida transmisión de noticias en su mayoría de violencia que pasan ante nuestros ojos y oídos, la gente siempre está horrorizada. Con ello nos volvemos fríos e incapaces de sentir compasión y hasta podría decir que adquirimos una coraza en contra de la ternura.

El misterio o la idea de lo desconocido son ingredientes comunes que despiertan la sensación de horror. Es por ello que el cáncer resulta aterrizante porque es una enfermedad impenetrable y destructiva.

La función del combate al horror por el aparato psíquico es fundamental y para llevarlo a cabo el yo utiliza sus mejores defensas adaptativas y de preservación. Cuando éstas fallan podemos inclusive caer en la psicosis o en la conducta antisocial. Tal vez John Milton tenía razón cuando decía: «El amor al odio nos horroriza».